

Breve historia de la filosofía

Colección Teorema

Justus Hartnack

Breve historia de la filosofía

VIGESIMOTERCERA EDICIÓN

CÁTEDRA
TEOREMA

Título original de la obra:
History of Philosophy

Traducción de José Antonio Lorente

1.^a edición, 1978
23.^a edición, 2022

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Gyldendalske Boghandel
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 1978, 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 29.269-2010
I.S.B.N.: 978-84-376-0147-2
Printed in Spain

Índice

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	9
INTRODUCCIÓN	11
UN ESBOZO DE FILOSOFÍA GRIEGA	
Heráclito	17
Parménides	19
El atomismo de Demócrito	23
Platonismo. Platón como idealista	27
Platonismo. La ciudad-estado ideal	33
La metafísica de Aristóteles. El esquema conceptual del cambio	41
La filosofía moral de Aristóteles	51
ESCOLASTICISMO	
Anselmo de Canterbury y el argumento ontológico. El problema de los universales	59
Tomás de Aquino	67
FILOSOFÍA MODERNA	
Materialismo y mecanicismo de Hobbes	79
Hobbes sobre el Estado. ¿Por qué y cómo?	89
Descartes	95
Naturalismo de Spinoza	107
Filosofía moral de Spinoza	115
La metafísica de Leibniz	121
Epistemología de Leibniz	131
John Locke	137
George Berkeley	151
Epistemología de Hume	159

Filosofía moral de Hume	171
Epistemología de Kant	177
La filosofía moral de Kant	203
Hegel	213

FILOSOFÍA POSTERIOR A HEGEL

De Hegel a Marx y Kierkegaard	233
La fenomenología	243
Bergson	247
Russell	249
El positivismo lógico	259
Moore	263
Wittgenstein	267

BIBLIOGRAFÍA	281
---------------------	-----

Prefacio a la edición española

Desde el origen del pensamiento humano, la filosofía ha sido considerada como la reina de todas las ciencias —como la ciencia de todas las ciencias. La razón, cuando su uso trasciende los problemas de la vida cotidiana, se ha de encontrar, por su misma naturaleza y por necesidad, con problemas filosóficos. El problema filosófico tiene las características de profundidad, insolubilidad y, al mismo tiempo, inescapabilidad; es como si la razón se hubiera metido en un callejón sin salida del que, sin embargo, siente necesidad de salir. Es un callejón que no se abre con el progreso de las ciencias naturales y empíricas; se abre sólo, si es que se abre, con el genio del filósofo.

Entre los diferentes modos de introducir la filosofía, el más seguro y fiable discurre, al menos en mi opinión, a través de su historia. Estudiar la historia de la filosofía no es sólo trazar el movimiento dialéctico del pensamiento en su paso a través de los milenios, en la lucha desde la oscuridad de la confusión hacia la luz de la comprensión; es también un encuentro con los inescapables problemas filosóficos que confrontan la razón y que los mayores y más brillantes exponentes de la razón humana han, si no resuelto, al menos iluminado.

Se podría discutir si existen problemas insolubles en filosofía; pero lo que no se puede discutir es que los problemas filosóficos, en la medida en que son solubles, se presten a fácil, por no decir barata, solución. Sólo el

ingenio de los más grandes representantes de la mente humana ha podido conducirnos desde la oscuridad y confusión hacia una claridad y comprensión filosófica cada vez mayor. Si la filosofía se encuentra con problemas insolubles, es deber de la filosofía saber, no sólo que son insolubles, sino también por qué necesariamente lo son. Entender lo que se presta al conocimiento y entender por qué no se presta lo que no se presta, es lo más alto que puede alcanzar la razón. Constituye la verdadera dignidad del hombre como ser racional.

Justus HARTNACK
Universidad de Aarhus, 1978

Introducción

Un libro de historia de la filosofía ha de ser necesariamente selectivo. Incluso obras de varios miles de páginas, y existen tales obras sobre historia de la filosofía, han de ser necesariamente incompletas. Qué filósofos incluir y cuáles excluir, y qué obra de los filósofos incluidos explicar y cuál no explicar, depende del juicio del autor y de la extensión que deba tener su obra. Una historia de la filosofía que lo incluya todo no se ha escrito, ni se escribirá jamás. Nunca sería terminada e incluso apenas sería posible darle comienzo.

Es evidente que un libro de historia de la filosofía no más extenso que el presente, ha de ser muy selectivo. Sin embargo, es posible limitar el material de dos modos diferentes. Se pueden incluir tantos filósofos como sea posible, lo que obliga a escribir muy poco de cada uno de ellos. O se pueden incluir solamente aquellos filósofos que han tenido una influencia decisiva en la evolución de la filosofía, lo que quiere decir, desde luego, que se tiene más espacio disponible para cada uno de ellos. En el presente libro se adopta el último criterio. Y aún más, como frecuentemente ocurre que es una sola obra, o incluso una sola idea, la que da nombre a un filósofo en la historia de la filosofía, he prestado atención casi exclusivamente a esa sola obra o idea.

Pero aun con tales limitaciones, este libro sería mucho más extenso de lo que es, si no hubiera puesto todavía otra limitación. Mi tarea ha consistido en presentar una adecuada y clara exposición y explicación del pensamiento de los diferentes filósofos, sus problemas, métodos,

argumentos y soluciones, o, más bien, intentos de solución. Como esto es, en mi opinión, lo que tiene interés filosófico en la historia de la filosofía, he omitido las biografías de los filósofos. No es un problema *filosófico* estar informado de la historia de los diferentes filósofos, ni se requiere educación filosófica para informar de la infancia de un filósofo, sus fases de educación, cátedras, matrimonios, etc. Esto no supone negar que tal información pueda tener interés; puede ser de gran ayuda para dar una explicación psicológica de por qué un determinado filósofo ha prestado interés por tal o cual problema, pero no es de interés filosófico. En pocas palabras, éste es un libro de historia de la filosofía, pero no un libro de historia de los filósofos. Y por breve que sea, he observado que concede más espacio a la filosofía de cada filósofo individual de lo que conceden otras muchas obras más voluminosas de historia de la filosofía.

Mi propósito fundamental con este libro es hacer una introducción a los problemas filosóficos. Y como además creo, tras haberlo aprendido por muchos años de experiencia, que es preferible una aproximación histórica a los problemas, este libro puede servir al mismo tiempo como una visión panorámica de la historia de la filosofía. Por experiencia he aprendido también otra cosa: a menudo se ofrece a los estudiantes de primer año un curso introductorio. Pero incluso los alumnos despiertos tienen dificultades para comprender los escritos de los diferentes filósofos. Por tanto, la comprensión que tenga de esos filósofos depende en alto grado de la habilidad del profesor para explicar sus pensamientos. Desde el punto de vista pedagógico, esto no es deseable en absoluto. Los alumnos adquieren el hábito de depender de la enseñanza del profesor, en lugar de depender de sus propios estudios —evolución ésta contraria al espíritu de la enseñanza universitaria. Por eso he preferido hablar por los filósofos, en lugar de que los filósofos hablen por sí mismos.

Un esbozo de filosofía griega

Heráclito

Comenzar la historia de la filosofía con *Heráclito de Éfeso* (hacia 600 a. C.) no significa que éste sea el primer filósofo del que tenemos conocimiento. En realidad, no lo es, y probablemente también sería difícil llegar a un acuerdo sobre quién deberíamos considerar como el primer filósofo. Pero una cosa es cierta: a través de Heráclito se introduce un problema filosófico que, si no domina la filosofía griega posterior, por lo menos, ocupa en ella lugar destacado. El problema puede ser caracterizado como el problema del cambio. Lo que Heráclito afirmó fue que lo que es, está constantemente cambiando. Nada permanece igual en dos momentos consecutivos. Es evidente, sin embargo, que esta doctrina plantea serios problemas. Aquello que en un momento está a punto de ser otra cosa —y esto es lo que necesariamente ocurre si cada cosa está constantemente cambiando— no se puede decir, que sea algo en absoluto. Ser es ser algo; lo cual quiere decir que ha de tener ciertas propiedades. Una piedra, para serlo, ha de tener ciertas propiedades; el agua, para ser agua, ha de tener otras ciertas propiedades, y lo mismo ocurre para cualquier cosa que sea. Pero si todo está cambiando constantemente, en ningún momento será cierta propiedad exactamente esa cierta propiedad —si lo fuera, ello implicaría que en ese mismo momento no estaba en el proceso de cambio. Parece evidente, por tanto, que no podemos decir que todo esté cambiando constantemente.

Sin embargo, ¿no sería posible decir que aquello que está en el proceso de cambio, cambia sólo en ciertos aspectos pero no en todos? Una piedra cambia quizá el color de su superficie o su temperatura, pero no su estructura química. Pero incluso esta suposición nos lleva a dificultades. Que esto es así, ha sido mostrado con profundidad y originalidad, entre otros, por el filósofo eleata *Parménides* (hacia el 500 a. C.). Mostró las dificultades filosóficas de la aplicación del concepto de «cambio». La conclusión de Parménides es que el concepto no puede aplicarse en absoluto a la realidad, a aquello que es.

Parménides

Supongamos que tengo un cierto color —llamémosle el color *a*. Y supongamos que digo que ese color cambia. Decir eso sólo puede significar que el color cambia a otro color, es decir, a un color que no es *a*; puede, por ejemplo, ser el color *b*, o *c* o cualquier otro color. Decir que algo cambia es decir que después del cambio es algo diferente de lo que era antes de que tuviera lugar el cambio. Ha de haber algo ahora que no estaba allí antes, o algo que estaba allí antes debe haberse extinguido. Si una cosa cambia con respecto a la propiedad *a*, *a* no puede estar también allí después del cambio. No tiene sentido decir que *a* ha cambiado a *a*. Y si *a* ha cambiado a *b*, entonces *b* no puede haber estado presente antes del cambio; porque entonces tendríamos que decir que *b* ha cambiado a *b*, lo cual, como se acaba de decir, no tendría sentido.

Y ahora surge una cuestión pertinente. ¿Cómo es posible que en un tiempo dado algo nuevo, algo que no estaba allí antes, pueda ocurrir? O ¿cómo es posible que, en un cierto momento, algo existente desaparezca de pronto, que de pronto se extinga de la existencia?

Estamos ahora en posición de comprender cómo puede *Parménides* establecer su afirmación, admisiblemente paradójica, de que el cambio sea imposible: lo que es, lo que ha sido, debe haber sido siempre y será siempre. ¿Por qué es así? Si todo lo que existe —todo lo que

tiene ser— no hubiera tenido siempre existencia, debería haber venido del no-ser, de aquello que no existe. Y esto es imposible. Decir que algo viene de algo implica, desde luego, que el «algo» del que viene alguna otra cosa debe ser *algo*. No puede ser nada. De la nada, nada puede venir. El concepto de no-ser o de *la nada* es un concepto que, según Parménides, incluso no puede ser pensado. No puede ser objeto de pensamiento. Pensar es necesariamente pensar en algo; pero es sin duda imposible pensar en aquello que no es. Puedo dibujar lo que existe pero no puedo dibujar la nada, aquello que no tiene ser. Para que aquello que tiene ser hubiera venido del no-ser, el no-ser debería haber sido *algo*, es decir, debería tener ya ser. Si aquello que tiene ser pudiera estar sometido a cambio, debería haber cambiado o de aquello que no tiene ser a aquello que lo tiene, o de aquello que tiene ser a lo que no lo tiene. Y, como esto es imposible, lo que tiene ser no puede estar sometido a cambio.

Se podría decir que aunque aquello que tiene ser no puede cambiar a no-ser, y no puede haber venido de nada, ello no implica que aquello que tenga ser no pueda cambiar sin cambiar, al mismo tiempo, a algo que no tiene ser. En realidad, experimentamos que esto, de hecho, no es así. La mantequilla en la sartén caliente se derrite, pero sigue siendo mantequilla; observamos el brotar de las hojas en primavera y que amarillean en otoño, pero aún son hojas; los seres humanos envejecen, pero aún son seres humanos. Desde luego, esto es correcto, pero no es un argumento contra los de Parménides. El cambio debe implicar necesariamente, como se ha dicho, o que algo se borre de la existencia o que algo nuevo haya venido a existencia. Parece ser una verdad conceptual que el cambio implique necesariamente la aplicación de los dos conceptos polares «ser» y «no-ser».

Según Parménides, no sólo el cambio, sino también el movimiento es imposible. Parménides razona así: moverse es moverse de un lugar a otro, es cambiar de sitio

en el espacio. El nuevo sitio al que se mueve debe, por así decirlo, estar vacante, debe estar vacío. Si no está vacío no hay posibilidad de movimiento. El movimiento presupone el espacio vacío, es decir, espacio donde no hay nada, o, lo que es lo mismo, el concepto de espacio vacío implica el concepto de no-ser. Pero el no-ser no existe y, en consecuencia, tampoco podría existir nada que pudiera ser llamado espacio vacío. Por tanto, no puede existir movimiento alguno.

Afirmar que el movimiento que constantemente observamos y sobre el que basamos y organizamos nuestra vida no es nada más que una ilusión de los sentidos es una afirmación que parece imposible aceptar. Lo mismo sucede con los argumentos dados por otro filósofo eleata, *Zenón*, el famoso discípulo de Parménides. El propósito del argumento de Zenón es mantener la afirmación de su maestro de que el movimiento es imposible. Uno de los argumentos de Zenón es el siguiente: Supongamos que Aquiles quiere coger una tortuga que está a cierta distancia de él. Cuando Aquiles comienza a correr hacia la tortuga, la tortuga comienza a correr en la misma dirección que Aquiles. Zenón quiere mostrar ahora que, a pesar de que Aquiles corre mucho más aprisa que la tortuga, no podrá nunca cogerla. Cuando Aquiles alcanza el puesto donde estaba la tortuga cuando Aquiles comenzó a correr, la tortuga ha corrido un poco desde ese punto. Aquiles, por tanto, ha de alcanzar el punto donde está ahora la tortuga; y cuando alcanza ese punto, la tortuga desde luego se ha movido a otro punto. Y cuando Aquiles alcance este segundo punto, la tortuga ha corrido de nuevo una cierta distancia; y así continuará hasta el infinito. Como es imposible para Aquiles correr cualquier distancia, por pequeña que sea, sin usar tiempo, le será siempre posible a la tortuga ir un poco delante de Aquiles. La tortuga siempre llevará tanta delantera a Aquiles como lo que éste tarde en recorrer la distancia entre él y la tortuga. La distancia disminuirá siempre, pero no puede desaparecer nunca.

Otro de los argumentos de Zenón es como sigue: ja-

más es posible completar un recorrido; para alcanzar el fin de la carrera se ha de alcanzar primero el punto que está a mitad de camino entre el punto de partida y la meta, y para alcanzar ese punto se ha de alcanzar el punto que está entre aquel punto medio y el punto de partida. Y así hasta el infinito. En otras palabras, realmente no se puede ni empezar; por corto que se suponga el primer movimiento, siempre será necesario primero alcanzar el punto medio. Y este punto medio no puede ser alcanzado sin haber alcanzado antes el punto medio entre ese punto y el punto de partida, etc.

Lo que Zenón cree haber mostrado es que la suposición de que existe el movimiento lleva al absurdo. El movimiento que uno *ve* debe ser, por tanto, una ilusión. Si se quiere afirmar la realidad del movimiento se ha de mostrar la invalidez de los argumentos de Zenón. Es importante, en relación con esto, subrayar que las paradojas de Zenón no son y no pueden ser solucionadas con ayuda de la matemática. Lo que la matemática puede hacer es decirnos si tenemos los datos necesarios, cuándo y dónde Aquiles alcanzará la tortuga; pero esto no es lo mismo que mostrar dónde está el error en el argumento de Zenón. Los argumentos de Zenón son de naturaleza conceptual y, por tanto, han de ser enfrentados a un análisis conceptual. No existe aún refutación universalmente aceptada de ellos.

El argumento de Parménides sobre la imposibilidad del cambio ocupó un lugar dominante en la filosofía griega. Demócrito, Platón y Aristóteles intentaron encontrar un sitio para el mundo del cambio, un mundo cuya existencia no pudiera ser negada sin caer en el absurdo. En otras palabras, lo que se intentaba era encontrar un lugar tanto para la concepción heraclítica como para la eleata.